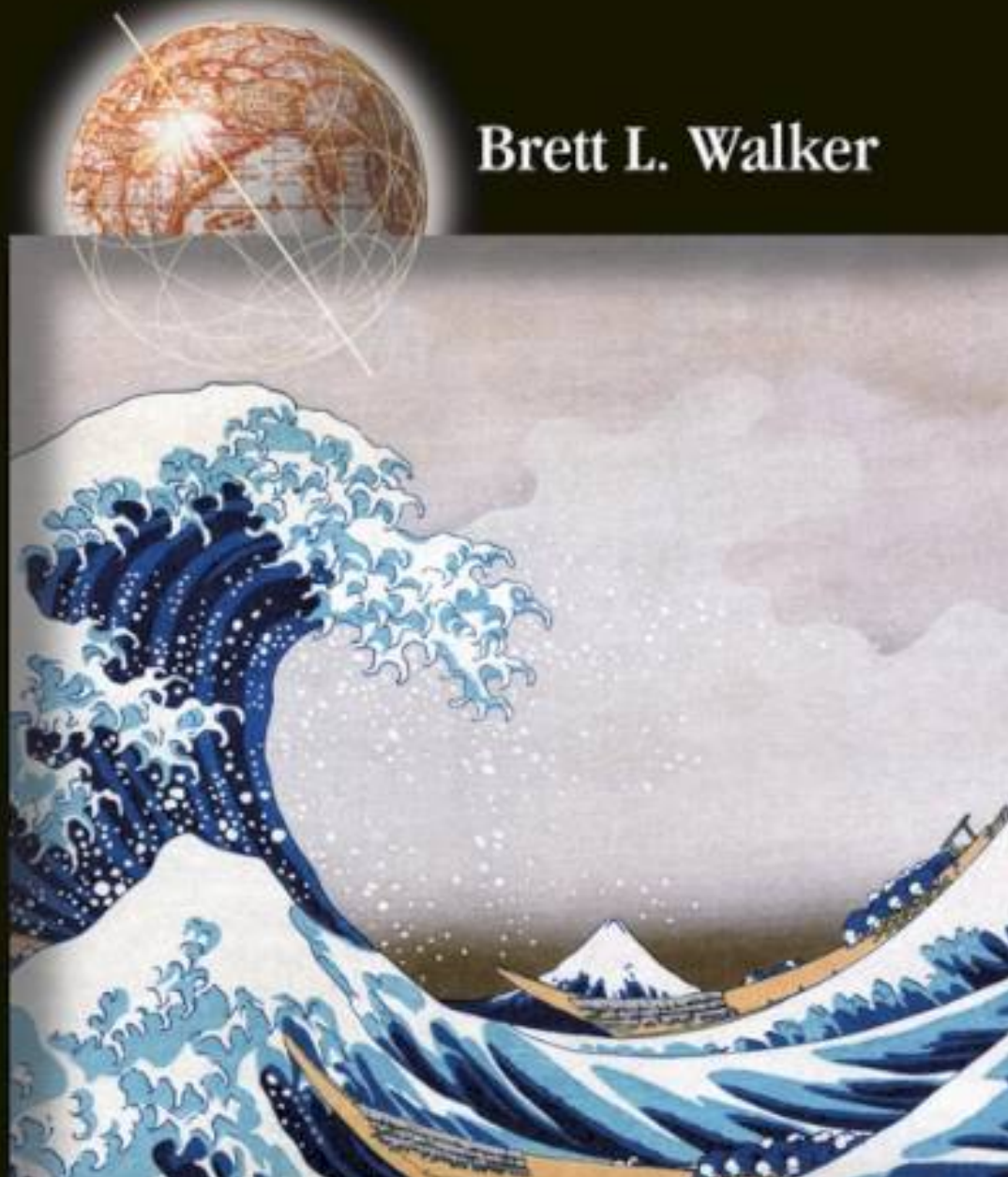


AKAL

# HISTORIA DE JAPÓN

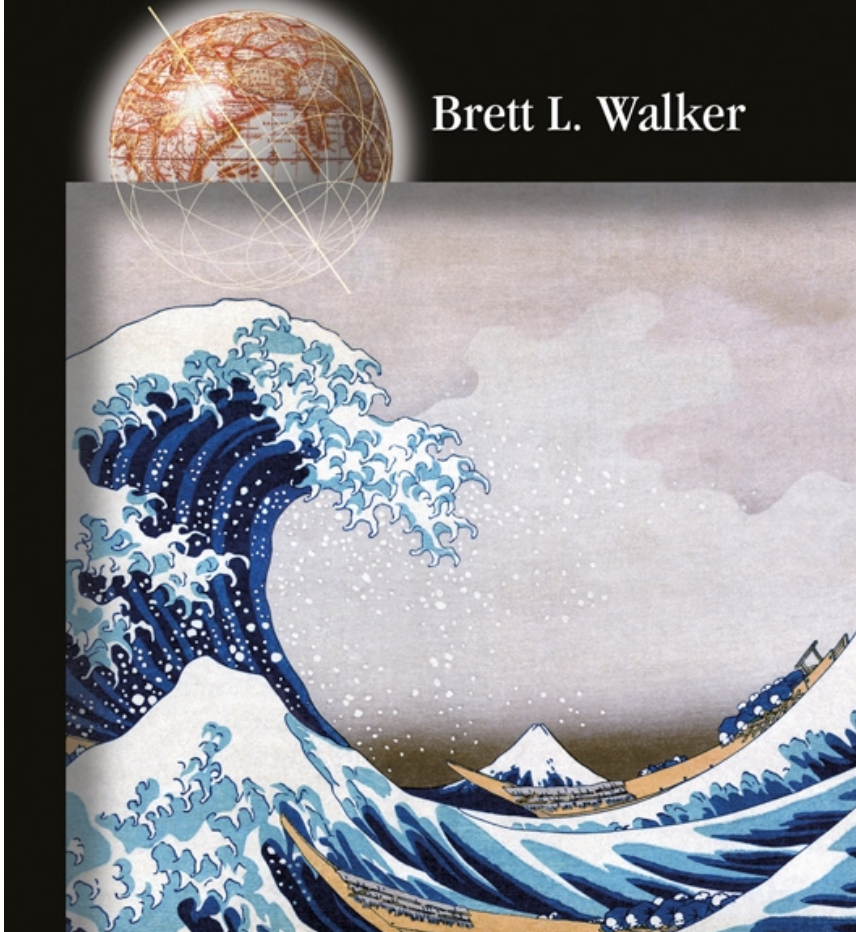
Brett L. Walker



AKAL

# HISTORIA DE JAPÓN

Brett L. Walker



**Akal / Historias**

Brett L. Walker

# HISTORIA DE JAPÓN

*Traducción:* Herminia Bevia Villalba

La presente obra nos ofrece un recorrido por la historia de Japón desde la perspectiva que el nuevo periodo en el que vivimos –lo que muchos geólogos han dado en llamar el Antropoceno– da al historiador de una nación sometida por igual a los cambios históricos y naturales. Desde la remota historia de la humanidad en el archipiélago a la crisis financiera de 2011, la obra de Brett Walker aborda temas claves como las relaciones de Japón con sus minorías, el Estado y el desarrollo económico, así como sus aportaciones a la ciencia, la tecnología y la medicina. Tras el estudio de los restos arqueológicos, el autor hace un recorrido por la vida en la corte imperial, el ascenso de los samuráis, los conflictos civiles, los encuentros con Europa y el advenimiento de la modernidad y el imperio, continuando con el análisis del ascenso de Japón a partir de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial para convertirse en la nación próspera que hoy es, si bien inmersa en importantes preocupaciones medioambientales. Rico en detalles, de fácil lectura y revelador en su interpretación del complejo pasado de Japón, este libro está considerado por los expertos como el mejor repaso a la historia japonesa hoy disponible.

«Todos los capítulos son concisos, accesibles y se sustentan en las últimas investigaciones. No se me ocurre otro texto que cubra mejor todo el espectro del pasado de Japón.»

Ian Jared Miller, Harvard University

**Brett L. Walker** es catedrático emérito y profesor de la cátedra Michael P. Malone de Historia en la Universidad Estatal de Montana en Bozeman.

Diseño de portada  
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original  
*A Concise History of Japan*

© Brett L. Walker, 2015

Publicado originalmente por Cambridge University Press, 2015

© Ediciones Akal, S. A., 2017  
para lengua española

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-4352-2

*Para  
LaTrelle*

うたた寝に  
恋しき人を  
見てしより  
夢てふものは  
たのみそめてき  
小野小町『古今集』より

## Prólogo

Mientras escribía los últimos capítulos de este libro en el otoño de 2013, el supertifón Haiyan golpeó Filipinas con toda su furia. Muchos observadores consideraron que era la tormenta más poderosa jamás registrada, con vientos sostenidos de 325 kph y picos de 380 kph. Al mismo tiempo que los habitantes de Filipinas intentaban poner a salvo sus vidas, yo escribía sobre la «burbuja económica» y la «década perdida» en Japón, que abarca los años de estancamiento que van de 1990 a 2010. Sin embargo, la «monstruosa tormenta» cambió mis planes. Ya había visto suficiente. Decidí cubrir los trágicos sucesos del 11 de marzo de 2011, cuando Japón sufrió el «triple desastre»: la megasacudida de un terremoto y un catastrófico tsunami, seguidos de una peligrosa fusión nuclear en la planta de Fukushima Daiichi. Al contemplar cómo el supertifón Haiyan golpeaba las islas Filipinas me di cuenta de que los síntomas del cambio climático representaban el desafío más serio para el este de Asia, no el tibio crecimiento económico o el descontento juvenil, ni siquiera las disputas internacionales por las islas Senkaku (Diaoyu). Finalmente, descarté el último capítulo y redacté uno nuevo que incluía la historia de los cambios en el clima, la subida del nivel del mar, las grandes tormentas en el Pacífico y los desastres naturales en el contexto de lo que muchos geólogos han dado en llamar el Antropoceno. Representa una importante desviación de la manera convencional de narrar la historia japonesa y exige asumir por completo la idea de que las islas físicas conocidas como «Japón» son geológica e históricamente inestables.

Acerca del Antropoceno, la Geological Society de Londres ha declarado: «Se pueden aportar argumentos para considerarlo un periodo formal, ya que desde el comienzo de la Revolución industrial, la Tierra ha soportado suficientes transformaciones para dejar una firma estatigráfica distinta de la del Holoceno o las fases interglaciales del anterior Pleistoceno, incluyendo nuevos cambios bióticos, sedimentarios y geoquímicos». En efecto, la Tierra ha experimentado cambios «novedosos» cuya datación coincide con la llegada de la Revolución industrial. Sin embargo, una diferencia importante entre los cambios que condujeron al

Antropoceno y al Holoceno previo es que las causas principales ya no son el viento, la erosión, el vulcanismo u otras fuerzas naturales. Más bien son los seres humanos los que están provocando esos cambios. Mientras que las fuerzas naturales que dibujaron la superficie de la Tierra durante el Holoceno eran moralmente inertes, básicamente cambios sin importancia, que ocurrían sin más, detrás de las fuerzas del Antropoceno hay una intención y un diseño. La Revolución industrial, con todos los valores que acarrea, ha servido como motor de cambios bioestratigráficos y litoestratigráficos que están quedando grabados en nuestro planeta. Por ejemplo, si el clima, la altitud y la ubicación geográfica determinaban la distribución de las fábricas durante el Holoceno, como observó el famoso científico prusiano Alexander von Humboldt (1769-1859), en el Antropoceno el factor decisivo fueron nuestras necesidades agrícolas. Así que en vez de escribir una historia nacional al uso, una que concluya con los desafíos económicos, políticos y de política exterior a los que se enfrenta Japón, decidí rematar este libro con la amenaza mundial del cambio climático. He llegado a creer que ante el inminente y enorme espectro del cambio climático en nuestro horizonte planetario colectivo, escribir la historia nacional de una de las principales potencias industriales, que ha contribuido significativamente a las emisiones de efecto invernadero, sin prestar atención a las consecuencias ambientales a corto y largo plazo de las decisiones industriales de ese país, sería el equivalente a negar la evidencia. Considerémoslo de la siguiente manera: Japón se industrializó a finales del siglo XIX, lo que significa que ha disfrutado de los frutos de una sociedad industrial durante aproximadamente un siglo y medio. Si proyectamos nuestra mirada otro siglo y medio en el futuro, el mismo periodo de tiempo, hay quienes calculan que la temperatura subirá diez grados o más, lo que haría inhabitable la Tierra de acuerdo con los estándares contemporáneos. De repente, en el Antropoceno, el tiempo geológico se ha acelerado. Japón tiene un notable desarrollo costero, con millones de personas y miles de millones en inversiones diseminados a lo largo de las zonas bajas anegables. En un siglo y medio Japón sería un lugar muy diferente al que es hoy, con muchas de esas áreas sumergidas o inundadas con regularidad a causa del oleaje provocado por tormentas y tsunamis. Una lección de la ecohistoria, basada en el contexto de la *longue durée*



histórica de Fernand Braudel (1902-1985), es que el estadio físico en el que se despliega nuestro pasado es inestable y dinámico, al igual que las sociedades humanas que alberga y sustenta. Pero el cambio climático amenaza con amplificar varias veces ese proceso de transformación.

Dicho esto, nuestro libro no es *per se* una historia del medio ambiente, sino más bien lo que yo imagino que debería ser la historia en el siglo XXI: capas de hielo y glaciares que se funden, variaciones en los niveles del mar e incremento de las tormentas. Se trata de una historia escrita en el Antropoceno. Hago una exposición seria de los cambios sociales, políticos y culturales en Japón, ya que encarnan los valores que dirigen la interacción japonesa con el mundo, incluyendo la rápida industrialización a finales del siglo XIX. Esta obra combina enfoques diferentes de la historia –social, de género, cultural, político y biográfico–, porque representan un intento de exponer una narración más completa que permita una mejor comprensión de la evolución de Japón. Aunque Japón, y otro puñado de naciones industrializadas, cargan con la parte del león de las emisiones de efecto invernadero y el cambio climático de origen antropogénico, el peso del cambio en la Tierra será compartido por todo el mundo y por todas las especies, incluidas aquellas consideradas tradicionalmente sin historia. Enfoquémoslo de esta forma: el alce del Gran Ecosistema de Yellowstone, lo que llamo hogar, no ha desempeñado virtualmente ningún papel en el cambio climático terrestre, pero a medida que sus ecosistemas se calientan y se vuelven inhabitables –como el descenso en el número de alces en Yellowstone sugiere–, compartirán las consecuencias. El peso moral de la asunción de responsabilidad por esos cambios –quizá no por la extinción regional de los alces, pero sí por las continuas inundaciones en Indonesia–, y la comprensión de los retos que plantean a nuestros hijos, deberían formar parte de nuestras narrativas históricas, al menos al metanivel de las historias nacionales y mundiales. De ahí mi decisión de convertir el cambio medioambiental en una parte clave de la historia japonesa.

Para hacerlo, en este trabajo he partido de extraordinarios estudios de muchos colegas en historia medioambiental y de Japón. Uno de los grandes desafíos ha sido revisar y redescubrir buena parte de este saber académico que estaba cogiendo polvo en mis estanterías. Para dar las gracias a todas esas personas

tendría que contar con muchas más páginas en una historia menos concisa que la que los editores de esta serie probablemente imaginan, pero la mayoría verán reconocidas su contribución y sus ideas en este libro. Aprecio, como siempre, el generoso respaldo del Departamento de Historia, Filosofía y Estudios Religiosos de la Universidad Estatal de Montana, en Bozeman; de Nicol Rae, decano del College of Letters and Science de la Universidad de Montana; y de Rene A. Reijo-Pera, vicepresidente de Investigación y Desarrollo Económicos de la misma universidad. Su compromiso a la hora de generar nuevos conocimientos hace que sean posibles proyectos como este. Tres personas han leído atentamente este manuscrito: mi alumno de posgrado Reed Knappe; mi colega en el Departamento de Inglés, Kirk Branch; y mi compañera, LaTrelle Sherffius. Agradezco las muchas sugerencias y correcciones, que sin duda han fortalecido este trabajo. No obstante, a pesar de la combinación de esfuerzos, quedarán algunos errores, que me adjudico en exclusiva.

Brett L. Walker  
Bozeman, Montana

## Introducción

### La historia de Japón

Hasta este día, la influencia japonesa desafía muchos supuestos sobre la historia mundial, en particular las teorías que tienen que ver con el ascenso de Occidente y el motivo por el cual, planteado de manera simple, el mundo moderno tiene la apariencia que tiene. No fueron la gran dinastía Qing china (1644-1911) ni el extenso Imperio maratha indio (1674-1818) los que se enfrentaron a las potencias estadounidense y europeas durante el siglo XIX. Fue Japón, un país de 377.915 km<sup>2</sup>, aproximadamente el tamaño del estado de Montana (mapa 1). Esta pequeña nación insular no sólo mantuvo a raya a las grandes potencias de ese siglo, sino que las emuló y compitió con ellas por las mismas ambiciones mundiales, a menudo despreciables. Durante la segunda mitad del siglo XX, después de la Guerra del Pacífico, Japón fue reconstruido y se convirtió en un modelo de industrialización al margen de Estados Unidos y Europa, con empresas tremendamente exitosas como Honda y Toyota, ahora compañías nacionales. Tanto las madres de clase media estadounidenses como los yihadistas en Afganistán conducen vehículos Toyota. Japón se encuentra ahora en el ojo de un huracán mundial diferente. En los primeros años del siglo XXI se ha visto inmerso en los problemas de las economías industriales y el cambio climático, porque, como un país constituido por islas con un desarrollo costero extensivo, tiene mucho que perder como resultado de la elevación del nivel del mar y el creciente número de violentas tormentas en el Pacífico. Japón sigue situado en el centro del mundo moderno y de sus retos más serios.



Mapa 1. Japón.

Para familiarizarnos con el ritmo de la historia japonesa, tomemos las vidas de dos figuras destacadas. Fukuzawa Yokichi (1835-1901), un orgulloso samurái nacido en Osaka y criado en la isla de Kyushu, en el sur, ejemplifica muchas de las primeras experiencias de Japón en la era moderna. A lo largo de su vida contempló, no como observador pasivo, sino como uno de sus principales artífices, cómo su país se transformaba de un batiburrillo de reinos en una nación con un vasto alcance militar y aspiraciones económicas globales. Desde que era un niño samurái que recorría las polvorientas calles de Nakatsu, Fukuzawa albergó el sueño de romper las cadenas de las prácticas confucianas y viajar para descubrir qué diferenciaba al mundo occidental.

A la temprana edad de doce o trece años, Fukuzawa robó un papel con un talismán sagrado de su casa, que supuestamente protegía a su familia de calamidades como el hurto y el fuego. Entonces, hizo lo que para muchos habría sido impensable: «Deliberadamente lo cogí cuando no miraba nadie, pero no se produjo ninguna venganza celestial». No satisfecho con irritar a las deidades sintoístas locales, tiró el talismán a la letrina. Siguió sin desatarse la rabia divina. Siempre dispuesto a desafiar las creen-

cias japonesas, el recalcitrante Fukuzawa provocó aún más a los dioses reemplazando las piedras sagradas del altar Inari en el jardín de su tío por otras variadas escogidas por él mismo. Cuando llegó la temporada del festival de Inari, la gente acudió al santuario para orar, colgar amuletos en forma de banderines de tela, tocar tambores y cantar. Fukuzawa se reía entre dientes: «Ahí están esos idiotas, adorando mis piedras». Durante la mayor parte de su vida, Fukuzawa no sintió otra cosa que desprecio por sus tradiciones, sustentadas en la filosofía conservadora japonesa en lugar de en el progresista individualismo occidental. Este rechazo de la tradición, ejemplificado en su burla de las tradiciones de Inari y en su asunción de la modernidad ejemplificada por la determinación racional a la que las deidades de Inari no prestaban la debida atención, son emblemáticos de la experiencia japonesa en el siglo XIX.

Dentro de esa moda, Fukuzawa pisotea un supuesto sagrado tras otro. Durante su vida es testigo de la transformación de Japón de un país dirigido por hombres que portan espadas, visten pantalones que recuerdan a faldas (*hakama*) y llevan la cabeza afeitada (*chonmage*), al único país asiático que desafió con éxito a Estados Unidos y al imperialismo europeo. Cuando Fukuzawa parte por última vez de la heredad de Nakatsu, «escupe en el suelo y se aleja rápidamente». En ciertos aspectos, eso es justo lo que Japón hace a mediados del siglo XIX después de la Restauración Meiji (1868): Fukuzawa y toda su generación escupen sobre siglos de asunciones políticas y culturales y, con un raro sentido de regeneración nacional, trazan un nuevo rumbo hacia la supremacía mundial y, en definitiva, la destrucción nacional y el eventual resurgir tras la guerra. Japón se enfrenta en la actualidad a una serie de desafíos nacionales que ni siquiera el inteligente Fukuzawa habría jamás imaginado. Algunos de ellos, como el cambio climático y el aumento del nivel de los mares, eclipsan las amenazas de los «barcos negros» estadounidenses del siglo XIX. Estudiando el pasado de Japón, quizá podamos aclarar cómo esta nación, tan dotada para el arte del renacimiento, podría abordar estas nuevos retos mundiales. Tal vez Japón podría encontrar un modelo de regeneración para todos nosotros.

La vida de Ishimoto Shidzue (1897-2001) comienza donde acaba la de Fukuzawa, al despuntar el siglo XX. Sus experiencias

fueron similares, aunque ella luchó contra un nuevo tipo de nacionalismo japonés y la fascista «ideología del sistema imperial». Ella vivió en una era diferente de renacimiento. Criada en una familia conservadora, mal preparada para rebelarse contra las tradiciones, Ishimoto no sólo cargaba con el legado de la norma samurái, sino también con la actitud confuciana hacia las mujeres. Como a cualquier joven acomodada, su madre le enseñó con diligencia que «primero era el hombre, la mujer detrás». Aunque fue educada a la «manera japonesa», recordaba que «las influencias occidentales se colaban en nuestra vida poco a poco». Sin embargo, en Japón también aumentaba la reacción conservadora. Ishimoto lo detectó astutamente mientras estaba en el colegio: los profesores enseñaban a los chicos a convertirse en «grandes personalidades», a las chicas las educaban para ser «esposas obedientes, buenas madres y leales guardianas del sistema familiar». A inicios del siglo XX, los cuerpos femeninos se transformaron en campos de batalla en los que los activistas políticos, los intelectuales públicos y los artífices de la política gubernamental libraban batallas campales por el legado de las reformas Meiji. En una reveladora narración, recuerda una visita a su escuela del emperador Meiji. «Al ser homogéneos desde el punto de vista de las tradiciones raciales, éramos una familia importante en el imperio insular encabezado por dirigentes imperiales», recordaba. Y se preguntaba: «¿Cómo podía una muchacha como yo nacida durante la era Meiji, cuando la principal expectativa política era la restauración del emperador, no emocionarse ante la fuerza espiritual que él simbolizaba?». Cuando el general Nogi Maresuke (1849-1912), héroe de la Guerra Ruso-japonesa (1905), se suicidó en señal de sumisión junto con su esposa tras la muerte del emperador Meiji en 1912, Ishimoto mostró una llamada reverencia. «Sentada en mi silenciosa habitación, en la que había colocado la foto del general sobre la mesa y quemado incienso, recé por su noble espíritu sin pronunciar una palabra», recordaba. Como otros muchos, Ishimoto se rebelaba a veces contra el espíritu del nacionalismo Meiji, pero también le rendía culto ante su altar.

El culto al emperador representó el anclaje para la emergencia de Japón como una nación a comienzos del siglo XX, pero también lo hicieron formas de compromiso global con la modernidad. Mientras Ishimoto visitaba Estados Unidos en 1920, cono-

ció a la feminista Margaret Sanger (1879-1966) y se convirtió en una activista a favor de las causas de las mujeres, en particular de sus derechos reproductivos. Sin embargo, la Guerra del Pacífico desbarató temporalmente su campaña en pro de los derechos femeninos. En la década de 1930, en vísperas de la catastrófica contienda, Ishimoto hacía la siguiente consideración: «Recientemente, una reacción nacionalista contra el liberalismo ha barrido todo lo que le precedió en el imperio insular. El fascismo, con un fuerte regusto militarista, no es un defensor del feminismo y su intenso aliento humanista». Durante la vida de Ishimoto Japón mandó sus acorazados y portaaviones a librar una «guerra santa» contra Estados Unidos y los aliados, decidido a instaurar un «nuevo orden» en Asia. Según el argumento de muchos intelectuales japoneses, lo que estaba en juego en el Pacífico era la «salvación del mundo».

## JAPÓN EN LA HISTORIA MUNDIAL

Si colocamos a Japón en el contexto de la historia mundial, nuestra historia reemplaza un mito persistente: que Japón tiene una especial relación con la naturaleza, no intervencionista, más subjetiva y a menudo benéfica, una relación que, con las divinidades sintoístas, considera el mundo natural algo vivo, interrelacionado con los continuos vitales del budismo y acotado por ritos confucianos. El mito insiste en que los japoneses no interpretan la naturaleza como un recurso inanimado y despersonalizado para la explotación industrial. Más bien se adaptan a la naturaleza generando holismo entre las esferas cultural y natural. El entorno natural del que dimanaban los japoneses, que limita el desarrollo industrial sin alma y da forma a su compleja cultura nacional.

Este estereotipo lleva siglos en vigor. Hace tiempo, el sociólogo Max Weber (1864-1920) sostenía que a diferencia de la filosofía europea, que aspiraba a adecuar el mundo para adaptarlo a los requerimientos humanos, el confucianismo, filosofía central de Asia Oriental, busca el «encaje con el mundo, su ordenación y sus convenciones». En otras palabras, Europa Occidental adaptaba el mundo natural en su beneficio, mientras las sociedades confucianas se amoldaban pasivamente a él. Como sociedad